

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

¿Socialistas o socialdemócratas? [¿Socialists or Social Democrats?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Ziebura, Gilbert
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-13 06:54:15
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221937

¿Socialistas o socialdemócratas? *Retrato del Partido Socialista Francés*

Gilbert Ziebur

Gilbert Ziebur. Polítologo alemán. Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad Libre de Berlín (1964-1974), la Universidad de Constanza (1974-1978) y la Universidad de Brunswick (R.F.A.). Autor de numerosos trabajos sobre la historia y política de Francia y Alemania, así como de política y economía internacionales.

Es ahora, ya disipada la euforia en torno al triunfo electoral ("l'état de grâce") y surgidos los primeros problemas en cuanto a la realización del programa electoral, cuando debe plantearse, aún más insistentemente, la pregunta por la autointerpretación del Partido Socialista de Francia (PS). Ciertamente que tal interrogante queda relegada a un plano secundario ante la figura dominante de su ex-secretario general y hoy Presidente de la República, François Mitterrand quien, debido al carácter presidencialista de la Quinta República, representa todo el poder hacia adentro y atrae el interés de la opinión pública mundial hacia afuera. Pero, contrario a la anterior mayoría conservadora, en la cual giscardistas y gaullistas tenían poca influencia en el proceso de toma de decisiones. El PS sin duda sigue siendo el motor decisivo del proceso de transformación institucional, social y económica emprendido por el presidente, el gobierno y la nueva mayoría. La interrogante de si este cambio será, más bien, una transformación socialista o si se reeditará la política tradicional de la socialdemocracia no es una interrogante nada académica, ni para los afectados directamente ni para el entorno internacional.

Antecedentes históricos y condiciones sociales

A diferencia de Gran Bretaña, Suecia y Alemania, Francia no ha conocido movimientos de masas del tipo socialdemócrata en ningún momento de su historia. Por tal tipo de movimiento de masas entendemos partidos políticos basados ampliamente en la clase obrera que, estrechamente relacionados con los sindicatos, no pretenden transformar el sistema económico capitalista mediante el cambio de la propiedad de los medios de producción, sino que "administran" el capitalismo, con el fin de volverlo "más social". En el fondo, aspiran a establecer una nueva relación entre el Estado, los trabajadores y los patronos a través de la democratización de la economía y la distribución más justa del ingreso. Esto se complementa con la creación y extensión de la seguridad social, o sea, lo que se denomina "Estado de bienestar social". El mejoramiento del nivel de vida de las masas mediante el aumento de su poder adquisitivo, que se pretende lograr realizando una política centrada en la demanda representa, al mismo tiempo, un importante impulso de crecimiento económico. Finalmente, las fluctuaciones coyunturales se pre-

tenden amortiguar mediante la intervención del Estado. En otras palabras: el crecimiento, el pleno empleo y la justicia social se logran aplicando una política inspirada en el keynesianismo¹. Este modelo ha demostrado ser tan atractivo, que incluso los gobiernos conservadores se apoyan crecientemente en él, al menos mientras duraba el período de la prosperidad sin mayores interrupciones.

Los motivos de la ausencia de un partido de este tipo en Francia se han analizado con frecuencia²: el atraso de la industrialización a raíz del establecimiento imperfecto del modo de producción capitalista; la continuación, debido a lo anterior, de la pequeña propiedad agrícola e industrial como base de una poderosa burguesía pequeña y mediana; la existencia de una clase empresarial paternalista y reaccionaria duramente opuesta a cualquier forma de cogestión obrera; finalmente, enfrentado a ella, un movimiento sindical débil, atomizado y caracterizado por el anarco-sindicalismo; en resumen, una auténtica sociedad clasista con una clase obrera (sobre todo de las grandes empresas no solamente poco numerosa y dispersa geográficamente, sino también atomizada en innumerables grupos y grupúsculos enfrentados entre sí en durísimas luchas ideológicas.)³

Se tardó mucho tiempo, pues, en crear (en 1905) un partido socialista unido, la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera / Sección Française de l'Internationale Ouvrière). En 1914, llegó a reunir apenas 75.000 militantes (para la misma fecha, el SPD ya tenía más de un millón). Después de 1920, año de la convención de Tours donde se produjo la escisión del PC y, más aún, después de 1945, el fuerte y bien organizado Partido Comunista Francés, apoyado en el sindicato más potente (CGT), conquistó la simpatía de los trabajadores. En otras palabras, la SFIO adoleció, desde sus primeros momentos, de no ser un auténtico partido obrero.

Después de la Segunda Guerra Mundial, León Blum fracasó en su intento de ampliar la base social del partido mediante una apertura ideológica (como lo habían hecho los británicos) debido a las contradicciones internas del partido y la resistencia del aparato partidista. Es sintomático el que haya sido, precisamente, un burócrata partidista estrecho de miras, Guy Mollet, quien, en su calidad de primer ministro de la Cuarta República, involucrara al partido en las peores alianzas con las fuerzas de la derecha, de manera que ni siquiera se podía calificar esa política como reformista. La disminución de su militancia y caudal electoral y la cre-

¹ Esta relación se ha analizado en varios trabajos recientes. Véase Christine Buci-Glucksmann, Göran Therborn, *Le défi social-démocrate*, París (Maspero) 1981; Walter Korpi, *The Working Class in Welfare Capitalism*, London (Routledge) 1978; Richard Scase, *Social Democracy in Capitalist Society*, London (Croom Helm) 1977; Francis Castles, *The Social Democratic Image of Society*, London (Routledge) 1978; J.-C. Poulain et al., *La Socialdémocratie en présent*, París (Editions sociales) 1979.

² Véase Hugues Portelli, *Le socialisme français tel qu'il est*, París (PUF) 1980. El autor incluso afirma que la socialdemocracia francesa (incluyendo el PS) nunca fue más que una nueva edición del socialismo radical.

³ Véase Gilbert Ziebur, León Blum. *Theorie und Praxis einer sozialistischen Politik 1872-1934*, Berlin (de Gruyter) 1963; edición francesa París (Colin) 1967.

ciente discrepancia entre su radicalismo verbal y rutina parlamentaria acabaron por completo con el prestigio del partido.

Por otra parte, el partido había intentado siempre realizar, en Francia, por lo menos algunos elementos del modelo societario socialdemócrata. Pero ni los logros indiscutidos de política social realizados por el gobierno del Frente Popular en 1936 ni la introducción de un sistema de seguridad social y la planificación, así como la nacionalización de algunas industrias básicas y otros sectores económicos hechas por la alianza Tripartita bajo de Gaulle en 1945/46, pudieron evitar que la palabra "socialdemócrata" se convirtiera en una injuria política. En la década del 60, cuando se estaba consolidando la Quinta República y, con ella, la nueva alianza social compuesta por gaullistas, conservadores y liberales de derecha, emprendiendo, con determinación una nueva fase de industrialización, la corrupta SFIO perdió definitivamente el derecho de existir. Sus mejores elementos la abandonaron fundando el Partido Social Unificado (PSU), el cual, sin embargo, no logró ser mucho más que un movimiento de intelectuales socialistas de izquierda. Gaston Defferre, candidato presidencial de SFIO en las elecciones de 1969 (y actualmente miembro del gabinete Mauroy), sólo alcanzó un desesperante 5% de los votos, contra el 21% de Jacques Duclos, el candidato del PCF.

El nuevo partido socialista

La renovación del socialismo democrático ya no podía hacerse esperar más. Prácticamente se impuso por dos razones: en primer lugar, la sociedad francesa, al igual que las de todas las demás grandes naciones industrializadas, se estaba convirtiendo, más y más, en una sociedad de servicios en la cual los asalariados dependientes representaban la gran mayoría de la población (más del 80%). Dentro de este grupo - que trasciende el concepto tradicional de clase - llegan a dominar aquellos que pertenecen a las "nuevas clases medias" (profesionales y técnicos, cuadros medios y superiores de los sectores privado y público). Estos últimos se sienten a menudo apátridas políticamente, o incluso privados de todo derecho, puesto que, en un Estado cada vez más centralizado y burocratizado, no tienen oportunidad alguna de ejercer influencia ni, mucho menos, de codeterminar. En segundo lugar, no se pudieron eliminar las grandes disparidades en la distribución del ingreso. Cuando, a partir de 1973/74, la política de industrialización acelerada fue combinada con programas de austeridad (expresados, en su forma más dura, en el "plan Barre"), privilegiándose deliberadamente el capital a espaldas del trabajo, las contradicciones sociales tenían que agravarse, circunstancia que se cristalizó en una creciente polarización entre la derecha gobernante y la izquierda opositora.

Estos cambios sociales explican por qué la creación de un nuevo partido socialista estuviera a cargo, ideológicamente, de una cantidad de clubes políticos compuestos, en su mayoría, por intelectuales y altos funcionarios del Estado quienes, en gran parte, se hablan formado en las famosas "grandes escuelas" (tales como la

Ecole Polytechnique y la Ecole d'Administration Nationale, ENA), al igual que los dirigentes de la derecha gobernante. De estos clubes, se reclutaban luego los dirigentes de las diversas fracciones y "tendencias" ("courants") del nuevo partido. No fue sorprendente el que, como punto central de su programa, estos intelectuales aspirasen a modernizar la sociedad francesa y, en particular, el aparato productivo industrial, por supuesto, sobre la base de justicia social. La explosión del mes de mayo de 1968 confirmó su análisis. Ante la actitud ambivalente del PCF, aquellos "acontecimientos" pusieron en evidencia la falta que hacía un nuevo gran partido de izquierda que se ajustara a los cambios de la realidad social.

Cuando, después de varios intentos, ese partido nació finalmente en Epinay, en junio de 1971, era obvio que no representaba más que una federación de tendencias ideológicas muy divergentes incluyendo a representantes del neorradicalismo apoyados en Mendés France (entre ellos el propio Mitterrand); neomarxistas (en la tradición de Gramsci); representantes de la izquierda modernista-tecnocrática; resto de la generación del 68 y hasta católicos de izquierda. Los agentes unificadores de esta mezcla tan coloreada como contradictoria eran el rechazo a la socialdemocracia al estilo de la SFIO y la voluntad de formar una "Unión de la Izquierda", no en contra del PCF sino junto con él, que fuera capaz de conquistar la mayoría.

En una cuestión, sin embargo, el nuevo partido continuó exactamente la tradición de la vieja y tan censurada SFIO: las diversas tendencias, todas ellas existentes desde antes de la fundación del partido, no querían perder su identidad. Al contrario, cada una de ellas buscaba fortalecer su influencia al interior del partido. En consecuencia, las convenciones partidistas servían, más que nada, para demostrar el peso específico de esas tendencias a base de votaciones ("medirse"), a fin de repartirse las posiciones dirigentes ("Comité de Dirección") en proporciones exactamente calculadas. La historia del nuevo partido es, pues, una permanente lucha de poder entre las cuatro tendencias más importantes:

- La fracción de Mitterrand ("tendencia A") que intenta combinar la tradición humanista del socialismo francés (J. Jaurés, L. Blum) con una concepción moderna de planificación económica enfocada en la nacionalización de consorcios industriales y bancarios estratégicos. Entre sus representantes, domina el grupo de intelectuales y tecnócratas no marxistas (p. ej., Attali, Delors; este último es actualmente ministro de Economía y Hacienda).

- La fracción de Pierre Mauroy ("tendencia B"), alcalde de Lille por muchos años, quien agrupó los restos de la antigua SFIO y, a pesar de su radicalismo verbal, representa la tradición, sumamente reformista, del socialismo municipalista.⁴

- La fracción Rocard ("tendencia C"), ex-presidente del PSU, quien se unió al PS con una parte de ese partido; su demanda programática central es la "autoges-

⁴ Véase D. Bleitrach, J. Loijkine, E. Oary, R. Delacroix, C. Mahieu, *Classe ouvrière et social-démocratie: Lille et Marseille*, París (Editions sociales) 1981.

ción" en la economía y la sociedad, demanda que es apoyada por el sindicato CFDT. Para Rocard, la democratización del proceso económico es la condición previa más importante de la modernización de la estructura industrial conservándose, en lo posible, los principios de la economía de mercado. En consecuencia, esta tendencia ve las nacionalizaciones con cierto escepticismo.

- La fracción del CERES ("tendencia E"), encabezada por Chevènement, el actual ministro para la Ciencia y Tecnología. Dentro del Partido, esta tendencia representa la extrema izquierda, fuertemente inspirada en el marxismo, cuya concepción básica se apoya en dos puntos: por una parte, en una perspectiva revolucionaria, por cuanto visualiza el rompimiento paulatino con el capitalismo, aun cuando no se precisan los detalles; por otro, en la convicción de que el nuevo partido sólo podrá resistir las "tentaciones" del "socialdemocratismo" es una alianza estrecha con el PCF, puesto que, en la opinión de CERES, la historia enseña que el Partido Socialista se "socialdemocratiza", como respuesta dialéctica, en la medida en que se estaliniza el Partido Comunista.⁵

Estrategias y equilibrio interno

La existencia de estas tendencias tan divergentes entre sí, en parte, hasta tienen una organización propia, no es, sin embargo, fruto de una inclinación incontenible a las luchas autodestructivas. Refleja, más bien, la multiplicidad de medios y vías que permiten realizar una alternativa del capitalismo. También refleja cierta honestidad en cuanto a la indefinición de la meta a perseguir, meta que se cristalizará en el curso de las discusiones internas y en el contexto de las luchas sociales.

En cuanto al cambio de la relación de fuerza entre las cuatro tendencias principales, se produjo primero una alianza de la fracción de Mitterrand con el CERES. Esta era la más conveniente para alcanzar el primer objetivo doble: la destrucción del antiguo aparato partidista de la SFIO en beneficio de los elementos nuevos y la creación de la "Unión de la Izquierda" junto con el PCF. Este objetivo se logró con la formulación del Programa Común de 1972; no fue casual que representantes del CERES hayan desempeñado un papel determinante en esta labor. Además, este grupo reunía a los mejores teóricos. La idea básica del Programa era crear una auténtica opción de poder ofreciendo políticas económicas y sociales más bien reformista-keynesianas y asignando al PC, gracias a su arraigamiento en la clase obrera, la función de conquistar los votos necesarios. Pero el objetivo principal de esa alianza era, ante todo, equilibrar, como mínimo, la relación de fuerza entre el PS y el PC o, incluso, cambiarla a favor del PS, porque sólo de esta manera era posible conquistar la mayoría.

⁵ Respecto de las posiciones del CERES, véase M. Charzat, J.-P. Chevènement, G. Toutain, *Le CERES. Un combat pour le socialisme*, París (Calmann-Lévy) 1975; J.-P. Chevènement, *Le vieux, La crise, le neuf*, París (Flammarion) 1974.

Naturalmente, el PC olió la tostada y sus reservas frente a la Unión de la Izquierda crecieron. También dentro del PS se produjeron tensiones en torno a este curso, sobre todo en 1974, con miras a las elecciones presidenciales. A fin de extender su base electoral, Mitterrand rompió con el CERES. El CERES perdió sus puestos en la dirección nacional, pero se quedó todavía con un 25 por ciento de los delegados (convención nacional de Nantes, en 1977). Mitterrand se aproximó a la fracción de Rocard, paso que el PC calificó como "giro a la derecha". Pero Mitterrand obtuvo el 49,2 por ciento de los votos, lo cual demostró claramente el éxito de su estrategia bajo la condición, por cierto, de que el PC se sometía a ella.

En aquel entonces (en contraste con su posición actual), el PCF no se sintió capaz de hacer eso. Insistió, con terquedad, en la idea de que le correspondía un papel directo puesto que era el único partido obrero auténtico. En septiembre de 1977, rompió la alianza con el PS, lo cual fue, probablemente, la causa principal de la deprimente derrota que sufrieron ambos partidos en las elecciones parlamentarias de 1977. Esta derrota debilitó tanto a la fracción de Mitterrand como al CERES, fortaleciendo, en cambio a la fracción de Rocard cuyo jefe llegó, incluso, a cuestionar la posición del propio Mitterrand. Inmediatamente después, éste volvió a aliarse con el CERES, que fue integrado nuevamente en la dirección partidista pero que perdió seguidores y se convirtió en la tendencia más débil, como lo demuestran los resultados de votación de la convención de Metz (abril de 1979): "tendencia A", 47%; "tendencia B", 16,2%; "tendencia C", 21,3%; "tendencia E", 15%. Las fracciones de Mitterrand y Mauroy conforman, en la actualidad, la mayoría interna

Este breve resumen evidencia que un partido realmente obsesionado por las luchas internas no tiene que ser, necesariamente, un partido débil. Pues, ¿cómo se explicaría su histórico éxito? Un éxito aún más grande si se toma en cuenta que fue logrado apenas diez años después de la fundación del partido y, además, en una época en que la mayoría de los partidos socialistas o socialdemócratas de Europa occidental afrontan problemas cada vez mayores debido a la ofensiva de las fuerzas conservadoras motivada por la crisis económica. De modo que hay que hacer un análisis más profundo para explicar este fenómeno sorprendente. Es verdad que, en los tiempos de oposición, la separación del partido en fracciones rivalizantes (tanto en cuanto a posiciones programáticas como en cuanto a personas) era, más bien, un signo de fuerza que de debilidad, puesto que permitía una gran flexibilidad táctica: la relación de fuerzas internas se ajustaba, en cada fase, a las necesidades políticas del partido, bien en lo referente a la relación con el PC, bien en cuanto a la necesidad de ampliar las bases electorales.

A esto se agrega el hecho de que, a la larga, la ruptura de la Unión de la Izquierda ha beneficiado más al PS que al PC. Obligó al PS a apoyarse en su fuerza propia. Para lograr esto era necesario presentar un perfil programático más definido, a fin de distinguirse del PC y, al mismo tiempo, ampliar las bases electorales. Todas estas medidas tenían como objeto apoyar el derecho a la posición de líder de la izquierda. Para aproximarse a ese fin, se aprobó, en enero de 1980, el "Proyecto So-

cialista", un voluminoso documento que lleva la firma inequívoca del CERES y cuyo contenido va mucho más allá de las posiciones socialdemócratas tradicionales. Con él, se intenta formular una teoría de la actual crisis económica nacional e internacional inspirada en el marxismo y proponer, partiendo de ella, una estrategia para superar la crisis. Ninguno de los demás partidos socialdemócratas de Europa occidental (excepto el ala izquierda del Partido laborista británico) ha ido tan lejos.

Según el "Proyecto Socialista", la crisis actual se debe "al agotamiento de la renta productiva y las reservas de plusvalía relativa⁶; a la creciente resistencia de la clase obrera (de Francia, Gran Bretaña y, sobre todo, Italia); a la voluntad de los países del Tercer Mundo, que han conquistado su independencia política, de frenar la explotación de sus riquezas y el endurecimiento de la competencia entre las metrópolis capitalistas (EE.UU.-Europa-Japón)". Puesto que se trata de una crisis del modo de producción capitalista, la misma sólo puede ser superada - afirma el "Proyecto Socialista" - superando el capitalismo. Para alcanzar este objetivo ambicioso, se propone lo que es, a fin de cuenta, un nuevo modelo de crecimiento no orientado primordialmente en los intereses del capital transnacional, sino en las necesidades de la población propia. Esto significa, no continuar incondicionalmente la política de integración en el mercado mundial; mantener un alto nivel de producción, pero bajo condiciones de producción diferentes; en otras palabras, un crecimiento "más justo, independiente y creador". Este objetivo sólo puede alcanzarse si es compartido por las masas trabajadoras. En consecuencia, el proyecto atribuye gran importancia a la autogestión.

El éxito del PS (que significa también una disminución del potencial electoral del PCF) se debe, pues, al hecho de que tenía una alternativa plausible que ofrecer justo cuando el fracaso de la política conservadora frente a la crisis no se pudo ocultar más. Era especialmente convincente la idea central del "proyecto socialista" de que la política de la derecha tenía, en última instancia, la finalidad de subordinar las nuevas clases medias asalariadas, desde el centro del poder (Estado y empresas transnacionales) a los intereses de la burguesía económicamente dominante, puesto que esas clases estaban haciendo precisamente esta misma experiencia. El secreto del triunfo del PS (y también del PASOK, Partido Socialista de Grecia) está, pues, en el hecho de que no se desgastó administrando la crisis, como lo hizo la socialdemocracia británica, la sueca y lo está haciendo ahora la alemana), sino que, todo lo contrario, ganó fuerza, estatura y confianza en la oposición, mientras la derecha se rompía los dientes en la crisis. La alternativa propuesta resultaba, pues, aún más convincente.

Debilidades del partido y nuevos retos

⁶ Se refiere a la reducción del trabajo necesario para la producción de bienes.

El impresionante triunfo del PS no debe inducirnos a pasar por alto sus debilidades. Si bien es cierto que la lucha entre las tendencias muestra un alto grado de democracia interna y que el amplio espectro ideológico manifestado en ella atrae a los diversos grupos sociales, también es cierto que esa lucha favorece a los intelectuales frente a los demás grupos de miembros. Por otra parte, ella permitió conquistar la "hegemonía cultural" (excepto en la televisión estatal), lo cual fue una importante condición previa a la victoria.

Paradójicamente, otro punto débil lo constituye la base social del partido. En realidad se ha beneficiado muy parcialmente del cambio social, habiéndose convertido, en gran medida, en el "partido de las nuevas clases medias". Los cuadros medianos y superiores, los profesionales y especialmente los funcionarios públicos y profesores (maestros y, más aún, profesores de secundaria y de educación superior) tienen una representación desproporcional que aumenta en la medida en que se escala las jerarquías partidistas y ahora también las estatales. La composición de la nueva fracción parlamentaria refleja este cuadro socioprofesional⁷: de los 285 diputados de la Asamblea Nacional, 77 son profesores de secundaria (comparados con 32 en la fracción anterior); 41 profesores universitarios (frente a 7); 19 maestros (frente a 8); 58 funcionarios públicos de alto rango (frente a 16); pero sólo hay cuatro obreros, un artesano y un agricultor.

El origen socioprofesional de los electores del PS es más equilibrado. Sobre todo, el partido ha logrado establecer posiciones fuertes en toda la geografía del país, aun cuando perdió algunos baluartes al PC. Sin embargo, el partido aún no ha echado raíces entre los trabajadores industriales. Su intento de crear células entre las empresas, siguiendo el ejemplo del PC, ha fracasado casi totalmente. El partido carece todavía de una amplia base de militantes. Hasta hace poco tiempo, la militancia alcanzó entre 120 y 150 mil; actualmente, no por último a consecuencia del triunfo electoral, el número de militantes se eleva a 220 mil⁸. Debido a los éxitos electorales, sobre todo en las últimas elecciones municipales, 30 mil de estos militantes tienen mandatos (entre ellos, 1.500 alcaldes). Esto nos hace ver un viejo mal de los partidos políticos franceses (excepto el PC): su débil estructura organizativa que los convierte fácilmente en partidos de notables.

Pero el mayor reto que el PS afronta es el de identificarse como partido de gobierno. Afronta, pues, un problema que todos los partidos socialdemócratas conocen de sobra: la tensión entre la base del partido y el gobierno, que se produce cuando la política oficial, necesariamente pragmática, defrauda las expectativas de la base. La "Convención de la Victoria", celebrada en Valence del 24 al 26 de octubre de 1981, ya proporcionó una idea de lo que podría ocurrir si se multiplicaban los problemas y contratiempos en la transformación del programa electoral en política práctica. Ante la resistencia opuesta por la industria y la banca a las nacionalizaciones, la base se radicalizó en esa convención exigiendo que el gobierno au-

⁷ Cifras según Le Monde, 8/8/81, pág. 6.

⁸ Nouvel Observateur, N° 879, 12 al 18 de septiembre de 1981, pág. 27.

mente sus esfuerzos de "eliminar" a tales elementos de oposición en el aparato estatal.

La cuestión del futuro de las tendencias no es menos importante. Por primera vez en la historia del partido (incluyendo a la antigua SFIO), la convención adoptó una resolución unitaria, fijando autoritariamente la representación proporcional de las tendencias en la dirección partidista a favor del ala de Mitterrand y a costa del de Rocard. Entre el postulado de unidad y la necesidad de debates internos (incluso controversias) para mantener la función orientadora del partido se produce, además, una tensión difícilmente dominable que el partido debe superar.

Contradicciones y marco de acción

La principal contradicción que afronta la nueva mayoría es, sin duda, la discrepancia inevitable entre ideales y realidad. Por eso resulta tan difícil calificar la política de Mitterrand o del PS con adjetivos tales como "socialista" o "socialdemócrata". Por una parte, la lucha entre las tendencias no ha despejado realmente la controversia ideológica, puesto que el "Proyecto Socialista", como ya dijimos, es obra del CERES. Por otra, porque la plataforma electoral de Mitterrand, que sirve ahora como base de la política gubernamental, es, por razones de táctica electoral, un documento mucho más substancioso que el "Proyecto Socialista".

La aceptación de la Quinta República como sistema de gobierno, al cual se debe, en esencia, el tamaño del triunfo (principalmente debido al sistema electoral), impide, por el momento, toda reflexión profunda acerca de la teoría del Estado. Un pasaje de la resolución final de la convención indica que el PS no podrá liberarse de ese problema: "De modo que nosotros somos, en esencia, el poder político. El poder económico es representado, en esencia, por los sectores dominantes del capitalismo, la banca y las empresas industriales monopolistas". Y no por casualidad fue Michel Rocard quien hizo la pregunta decisiva si habrá un "choque" o un "compromiso" entre estos dos poderes. Rocard abogó por el compromiso, es decir, una solución socialdemócrata. Sin embargo, tuvo que admitir también que la conquista del poder político no es una condición previa suficiente de la transformación social, ya que ella requiere la movilización permanente de la "sociedad civil", único instrumento para disminuir los antagonismos sociales. El problema abordado en estas apreciaciones sigue sin resolver.

Lo largo y difícil del camino desde el "Proyecto Socialista" vía la plataforma electoral hasta la realización de demandas centrales se evidencia en la práctica gubernamental desde el momento de la victoria electoral.

El concepto de la "autogestión", no por casualidad fundamental en el "Proyecto Socialista" ha sido relegado prácticamente a segundo término. La izquierda del partido, pero también el sindicato CFDT, lo consideran tan importante porque permite delimitar el terreno frente a la socialdemocracia tradicional. Representa

una especie de seguro contra el peligro de que la lucha por el socialismo tome formas centralizadas e institucionalizadas, como ha ocurrido tantas veces en el pasado. Además, la demanda de "autogestión" sólo tiene sentido si es asistida por la movilización de la "base" y los cuadros nuevos. Esto no significa otra cosa que la "autogestión", interpretada de esta manera, debe conducir al cambio gradual de las relaciones de clase, con lo cual se plantea nuevamente el problema del rompimiento con el capitalismo⁹. Podemos afirmar, pues, casi como regla empírica, que el carácter socialdemócrata del experimento de Mitterrand se evidenciará en la medida en que se aleja del concepto de "autogestión".

Algo similar ocurre en el campo de la política económica. Hasta la fecha, se tomaron dos decisiones referentes a la política energética y las nacionalizaciones, respectivamente. En todos los países altamente industrializados, pero también en el Tercer Mundo, la estrategia energética a escoger es tan discutida porque determina, en última instancia, el modelo de desarrollo social y económico que se piensa implantar¹⁰. Lo que agrava las cosas es el hecho de que aquí se toca el antiguo dilema de la izquierda respecto a las formas y los contenidos de una industrialización acelerada con todas sus consecuencias (racionalización). No fue una sorpresa, pues, que la parte energética del "Proyecto Socialista" sólo haya sido aprobada por dos tercios del partido. El intento de iniciar un amplio debate público sobre este tema luego del ascenso al poder ha fracasado. No se podía esperar otra cosa, puesto que no había dudas que, en esta materia, Mitterrand asumiría las opciones de su antecesor, Giscard d'Estaing, proyectándolas hacia el futuro inmediato (tanto en el sector militar como en el civil).

Es una verdadera ironía de la historia el que fuera precisamente el líder del CERES, Chevènement, quien, como ministro de Tecnología, no sólo haya aprobado esa decisión, sino haya contribuido enérgicamente a tomarla. El deseo de optar por la continuidad en cuanto a un sector en que Francia ha conquistado una posición competitiva a nivel internacional evidencia bruscamente los límites, incluso la autolimitación de la capacidad de transformación social. Si a esto se agrega el argumento, aunque justificado, de que sólo a través de una política de este tipo es posible reducir la dependencia francesa de las importaciones petroleras y fortalecer la independencia nacional, se comprende lo estrecho que resulta el marco de acción para cambios. Como efecto colateral de esta política, una gran parte del movimiento ecologista, que había votado por Mitterrand, le está volviendo la espalda ahora. Esto aumenta el peligro de que la apertura del PS hacia los "nuevos movimientos sociales" (ecologistas, feministas, pacifistas, etc.), esperada por muchos, quede detenida en los primeros pasos.

También las medidas tomadas para nacionalizar industrias claves y la banca son contradictorias o parecen, al menos, poco razonables. Se ha reiterado siempre que la finalidad estratégica de esa extensión del sector público era reducir la depen-

⁹ Didier Motchane, Prinzipien der Selbstverwaltung im Übergang zum Sozialismus, en: Detlev Athers et al., Perspektiven der Eurolinken, Frankfurt, Nueva York (Campus) 1981, p. 63-69.

¹⁰ J.-P. Deleage, J.-C. Debeir, D. Hemery, Vous avez dit indépendance..., Le Monde, 7/10/81.

dencia de consorcios norteamericanos y germano-occidentales a través de la nacionalización de la producción (y del capital). También en este campo existe una "fuerza táctica" incontestable: la creciente dependencia tecnológica francesa del extranjero.

A pesar de todo esto, podemos diagnosticar dos puntos débiles casi inevitables en tal política, que revelan nuevos aspectos del problema de la nacionalización como parte esencial de una estrategia de la izquierda para superar crisis. No se aclara lo que será de las filiales extranjeras de las empresas nacionalizadas y de las participaciones externas en el capital de las mismas. Tampoco se aclara cómo se tratará la internacionalización del capital francés (tanto activos como pasivos), que ha avanzado mucho en los últimos 10 a 15 años. ¿Se limitará el Estado a continuar ese proceso ocupando el lugar del capital privado? ¿Cuál será la reacción del capital internacional? La dramática evolución de este problema puede percibirse en el hecho de que una filial suiza de la sociedad financiera nacionalizada Paribas fue adquirida por capitales extranjeros, lo cual provocó una indignación general dentro del PS.

En otras palabras: este debate se extiende a todo el complejo de la posición de Francia dentro de la división internacional del trabajo. ¿Es posible desvincularse del mercado mundial sin afectar la competitividad internacional de Francia? Sobre esta relación entre la nacionalización y la internacionalización del capital, que además representa el talón de Aquiles de todo el experimento de Mitterrand, se ha pensado muy poco, aun cuando hay que admitir que este aspecto de una estrategia de la izquierda es tierra virgen. Con esto se relaciona también el segundo punto débil de esa política: las nacionalizaciones se decretaron sin haber definido claramente la función de las empresas nacionalizadas dentro de la futura política industrial. Se ha creado un instrumento sin saber exactamente cómo usarlo. Finalmente, cabe preguntarse si el valor de la nacionalización dentro de una estrategia de la izquierda para superar la crisis no se exagera. Precisamente al no realizarse el otro elemento, la autogestión en las empresas, no se comprende qué beneficios traerá el que el Estado ocupe el lugar del capital privado. El control directo y la participación de los trabajadores en la decisión sobre inversiones podría llevar mucho más lejos.

Mientras los problemas privados se están discutiendo dentro del PS, resulta curioso que no pueda decirse lo mismo en cuanto a las contradicciones que caracterizan la política exterior de Mitterrand. En primer lugar, no existe conciencia de la relación evidente entre el desarrollo nacional e internacional. El experimento de Mitterrand representa exactamente el contrario de lo que están realizando actualmente los países anglosajones en materia de política económica. Sin embargo, esto no impide que Mitterrand adopte las ideas y posiciones de la administración Reagan en el campo de la política de seguridad y rearme, sobre todo frente a la Unión Soviética. No se da cuenta de que la política de rearme y confrontación de Reagan tiene la finalidad, y no en última instancia, de fortalecer la industria bélica norteamericana y recobrar así para los EE.UU. el papel dirigente en el gigantesco

proceso global de reestructuración del capitalismo que su país había perdido en los años 70.

Si esto es cierto, la más seria amenaza del experimento de Mitterrand viene de ese lado. El antagonismo con los EE.UU. está programado también en la política frente al Tercer Mundo. Mientras que Mitterrand apoya los movimientos de liberación (El Salvador, etc.), Reagan hace todo lo posible para ahogarlos. Lógicamente, la lucha contra el subdesarrollo se basa en premisas diametralmente opuestas: Reagan sólo ve una oportunidad si los países en vías de desarrollo copian el modelo capitalista de la manera más fiel; Mitterrand, en cambio, aboga por las negociaciones globales y, similar a la Comisión Brandt, por la realización de un "Nuevo Tratado" en forma de una transferencia masiva de recursos del Norte al Sur. En cualquier ocasión, Mitterrand, su ministro de Relaciones Exteriores y el PS afirman que Francia se opone a toda forma de "neutralismo" y "pacifismo", por tratarse de formas de renunciar frente al Este. Se pasa por alto que la continuación de la carrera armamentista en el Este y Oeste es el mejor instrumento para disciplinar las sociedades y que esto obstaculiza todo cambio de manera insoportable.

Mitterrand sabe, por supuesto, que la fuerza nuclear nacional sólo puede ser financiada si la industria militar francesa participa en el negocio mundial de la exportación de armas. Antes de las elecciones, había bastantes voces críticas en las filas del PS que después callaron. Y es del perfecto conocimiento que la exportación de armas contribuye muy poco a la solución de los problemas del Tercer Mundo. También en este campo, la nueva mayoría es incapaz de romper el círculo vicioso en que se encuentra.

La esperanza de que los rasgos de un "socialismo del tercer tipo" (ni socialdemocracia ni comunismo) se concreticen en la praxis política, recibe, pues, poco aliento. Los "constreñimientos" objetivos o creados de los que hablamos aquí subrayan, más bien, la vieja experiencia de que un partido que se autodefine como "socialista", cuando llega al poder, se "socialdemocratiza" más rápido de lo que él mismo quiere reconocer.

Referencias

- Anónimo, LE MONDE-PRENSA. 08/08, p6 - 1981;
 Anónimo, NOUVEL OBSERVATEUR. 879, p27 - 1981;
 Bleitrach, D.; Loijkine, J.; Oary, E.; Delacroix, R.; Mahieu, C., CLASSE OUVRIERE ET SOCIAL-DEMOCRATIE: LILLE ET MARSEILLE. - París, Editions sociales. 1981; Detlev, Atbers -- Prinzipien der Selbstverwaltung im Übergang zum Sozialismus.
 Buci-Glucksmann, Christine; Therborn, Göran, LE DEFI SOCIAL-DEMOCRATE. - París, Maspero. 1981;
 Castles, Francis, THE SOCIAL DEMOCRATIC IMAGE OF SOCIETY. - London, Routledge. 1978;
 Charzat, M.; Chevenement, J. P.; Toutain, G., LE CERES. UN COMBAT POUR LE SOCIALISME. - París, Calmann-Lévy. 1975; Vous avez dit indépendance.
 Chevenement, J. P., LE VIEUX, LA CRISE, LE NEUF. - París, Flammarion. 1974;
 Deleage, J. P.; Debeir, J. C.; Hemery, D., LE MONDE-PRENSA. 7-10 - 1981;
 Korpi, Walter, THE WORKING CLASS IN WELFARE CAPITALISM. - London, Routledge. 1978;

- Motchane, Didier, PERSPEKTIVEN DER EUROLINKEN. p63-69 - Frankfurt; Nueva York, Campus. 1981;
- Portelli, Hugues, LE SOCIALISME FRANÇAIS TEL QU'IL EST. - París, PUF. 1980;
- Poulain, J. C., LA SOCIALDEMOCRATIE EN PRESENT. - París, Editions sociales. 1979;
- Scase, Richard, SOCIAL DEMOCRACY IN CAPITALIST SOCIETY. - London, Croom Helm. 1977;
- Ziebura, Gilbert; Blum, León, THEORIE UND PRAXIS EINER SOZIALISTISCHEN POLITIK 1872-1934. - Berlin, de Gruyter. 1963;
- Ziebura, Gilbert; Blum, León, THEORIE UND PRAXIS EINER SOZIALISTISCHEN POLITIK 1872-1934. - París, Colin. 1967;